

El PSOE salva sus feudos territoriales pese al desgaste de la crisis y el PP sube en los suyos pese a los escándalos

## Elecciones para incondicionales

CARLES CASTRO - Barcelona

LA VANGUARDIA, 9.06.09

Las elecciones europeas en España suelen ser más bien unas elecciones españolas en Europa. Por eso, mientras en otros países los comicios Cámara de Estrasburgo se venían saldando con ruidosas derrotas de los partidos en el Gobierno (que, no obstante, solían recuperar el favor del público en las inmediatas elecciones legislativas), en el caso español se transformaban más bien en una especie de cuestión de confianza constructiva (es decir, a favor del Gobierno de turno, que las ha venido ganando casi sin excepción). Sólo en 1994, en el apogeo de la crisis económica y de los escándalos que zarandeaban al Gobierno socialista, los comicios europeos se expresaron como un nítido varapalo al partido en el poder y un anticipo (desfigurado, eso sí) de lo que serían las siguientes elecciones generales: nada menos que diez puntos de ventaja obtuvo entonces el PP sobre el PSOE.

Ahora, sin embargo, las elecciones europeas parecen haber cambiado de registro. Algunos países de Europa han evolucionado hacia el modelo español (convirtiendo las europeas en una cuestión de confianza al Gobierno de turno, casos de Alemania, Francia e Italia, donde la oposición de izquierdas es débil). En cambio, España parece aproximarse a la tradicional pauta del 'eurocastigo' al Gobierno vigente, azuzado en este caso por la rampante crisis económica y por una oposición de centroderecha muy sólida.

Sin embargo, esta deriva presenta algunas decisivas salvedades. La principal de ellas es que en el caso español no se da la dispersión de voto que en otros países propicia el protagonismo artificial de formaciones excéntricas. En realidad, y a la vista de lo limitado del 'eurocastigo', el escenario español parece haber convertido los lejanos comicios europeos en unas elecciones para incondicionales. De ese modo, el castigo o el premio se canalizan a través de los electores más fieles de los partidos convencionales. Y la mejor prueba de ello es que PP y PSOE reunieron anteayer más del 80% de los sufragios (casi tantos como en las generales).

Naturalmente, los votantes incondicionales de cada partido no sólo son menos en términos absolutos que aquellos que les brindan su apoyo en unas elecciones percibidas como más decisivas (que es lo que ocurre con las generales), sino que también pueden ser menos - o en algún caso más - en términos relativos o porcentuales. Y eso es lo que desnudan unas elecciones de baja participación como las europeas.

Por supuesto, los incondicionales no son inmunes al clima reinante y los más tibios de ellos pueden perfectamente dejarse influir por factores de coyuntura, como la crisis económica, y abstenerse. Y con ello decantan la victoria entre dos bloques tan equilibrados como los que congregan en España PP y PSOE. Otra cosa bien distinta es que esas oscilaciones puedan extrapolarse de manera automática al conjunto de un cuerpo electoral cuya cita con las urnas en unas elecciones generales se sitúa a tres años vista.

Las cifras invitan, además, a la prudencia. Es verdad que los comicios del 7-J han invertido el resultado de las últimas generales. Pero el mapa territorial sigue siendo el mismo que el de las europeas de hace cinco años (celebradas al calor de los atentados del 11-M y de la retirada de Iraq). Es decir: el PSOE ha salvado sus feudos pese al desgaste de la crisis, y el PP se ha consolidado en los suyos (pero no en todos) pese al salpicón de escándalos que llueve sobre Madrid y Valencia. Y mientras en el 2004 Catalunya y Andalucía decantaron la victoria a favor del PSOE, en el 2009 lo han hecho Madrid y levante en beneficio del PP.

En la práctica, lo que sugieren las cifras es más un encogimiento bastante asimétrico del voto del PSOE, aturdido por el chaparrón de la crisis, que un relanzamiento del sufragio del PP (sin que sea posible cuantificar las eventuales transferencias entre ambos partidos). Los mayores avances populares se producen en Andalucía (casi cuatro puntos), Galicia (3) y Valencia y Murcia (2,6). Y es también en Andalucía y Levante -junto con Catalunya- donde el PSOE sufre sus más graves y decisivas caídas (de hasta siete puntos).

Pero, a diferencia del sensible recorte de distancias que protagoniza el PP andaluz, en Catalunya el Partido Popular cosecha apenas dos décimas más que en el 2004. Y, además, los populares pierden cuota en Asturias, Cantabria, Castilla y León, Baleares, Madrid y, sobre todo, País Vasco (cinco puntos) y Navarra (más de siete). Y ese reflujó no puede explicarse en todos esos territorios por la irrupción de la UPyD.

En consecuencia, y a la vista de un mapa territorial con tantos matices -y a la luz de la corta distancia entre PP y PSOE: tres puntos y medio-, el horizonte electoral queda aún lejos del cambio de ciclo que anunciaron

con tanto estrépito los comicios de 1994. Es probable que unas elecciones generales arrojaran en este instante un desenlace tan apretado como el de 1996, pero sin que el ganador tuviese que ser forzosamente el PP. Cada elección tiene sus propios códigos. Y a medida que aumenta, el número de participantes influye decisivamente en el resultado final.